

## AGUSTINA

Agustina avanza con dificultad ese camino de huella, saltando pozos cubiertos con nieve, Panchito la sigue, pisando donde lo hace su madre.

El frío es intenso y se le suma el viento arrastrado que los ataca, los frena, les agarrota la garganta, los pies ateridos en sus gastadas zapatillas, sin embargo no parece consciente de ello. Panchito en cambio con botas de goma y medias de lana tejidas por su abuela, disfruta como su madre y siguen saltando y riendo a carcajadas.

El viento, siempre el viento en su contra, como queriendo detenerla y mostrarle ese costado de la vida, donde no todo es alegría. Sentimiento innato en ella y que supo transmitir a Pancho.

– Vamos Panchito, vamos, está lindo, está lindo, ya no nieva ¿ves?

Pese a la nieve, ha salido el sol y los pájaros se entusiasmaron con su tibieza, sacudieron su plumaje y comenzaron el canto matutino acompañando a la maestra y su hijo. Hace muchos años que Tinita recorre diariamente ese camino para llegar a la escuela donde da clase.

Sus alumnos la adoran ya que es la única que en los recreos juega con ellos; siempre la llamaron por su apodo y cuando le preguntan: ¿vamos a jugar Tinita?, ella les dice que sí con alegría.

En su casa de barro ha quedado Ana, su madre, con los ojos largos y la ternura apretada en sus manos pensando en el frío que pasarían Tinita y Pancho, luego hace un gesto como diciendo: “estoy pensando por ellos y de seguro irán contentos...”. El barro salpicará sus delantales sin importarles y luego ella le dará al jabón en el fuentón para dejarlos impolutos como siempre, impecables.

Si alguien pudiera ver la figura de Agustina, flaca, el delantal al aire y sus brazos abiertos llevando su portafolio, Panchito detrás, riéndose de sí mismos, tratando de esquivar los pozos, parecen saltimbanquis jugando.

Ahora las lágrimas por el frío se las arrebató el viento y las dejó caer, se pierden en la nieve y a poco éstas serán hielo. Se da vuelta y mira hacia atrás, y ve las montañas queridas, el río, los pastos cubiertos de nieve dando al paisaje un aspecto de postal. Esa imagen la ha llevado prendida en sus ojos oscuros, desde cada vez que iba al pueblo a estudiar... Sin embargo, el verde está ahora cubierto de nieve. La esperanza de sus padres, la helada, sí, una helada temprana acababa de llevarse la cosecha tan esperada. El maizal hermoso que solucionaría tantos problemas, acababa de perderse. La ilusión se había perdido. La gente que vive del

campo lo hace mirando siempre al cielo, y no sueña a largo plazo porque sabe que sus sementeras dependen del tiempo y éste es tan voluble... La sequía, el sol quemante, la piedra... Sus padres no habían comentado nada, absolutamente nada, la helada lo había dicho todo. A partir de eso sólo contarían con su magro sueldo de maestra.

Agustina parece feliz, lo que no saben los demás es que es realmente feliz. La vida le ha regalado un hijo y es el único hombre que llena su corazón de amor.

Allí se detuvo Agustina, mirando el lugar donde tuvo el encuentro con Juan, el padre de su hijo. El camino se enangostaba, las verbenas rojas y azules bordeaban el camino, los árboles de los costados eran tan altos que formaban una techumbre verde precioso alzándose al cielo, el aroma dulce de los paraísos con sus flores lilas los embriagaban y lo aspiraban con ansias. Más allá la hondonada cuajada de flores silvestres amarillas.

Ya lo tenía visto a Juan y siempre que la encontraba le decía cosas bonitas, que su pelo rizado era muy suave, que sus ojos negros eran dos bracitas, que sus manos...

Y aquel día, allí, en ese lugar, la embrujó con arrumacos y palabritas y fue la primera vez, y... ¡Ay!...Tinita sintió algo quemante, su cuerpo en llamas, pegada a la tierra, se ahogaba, no le salía un grito de su boca, nada... Bueno... dijo él luego de ese momento, -uno más para Juan, el único para ella-, "Tengo que irme a la ciudad, me vine sin nada, ¿tenés unos pesos que me prestes? Tinita se le quedó mirando...

- ¿Tenés o no tenés?, me enteré que cobraste hoy...
- Sí, sí, pero... -balbuceó ella. Sacó su sueldo y él se lo arrancó de las manos.
- ¡Chau bonita... nos veremos!
- Pero... -dijo ella.

Y Juan se fue. Las lágrimas de Tinita desbarrancaron de sus párpados y cayeron sobre el blanco delantal. Se puso de pie, le dolía el cuerpo, pero más el alma, tragó como pudo las sensaciones encontradas. Despacio se dirigió a su casa, encorvaba, vencida. Al llegar alzó la nariz y enfrentó el viento como si enfrentara la vida. Ellos no merecían saber nada.

Hoy sacudió su cabeza como queriendo alejar el recuerdo. La voz de Panchito la sacó de su hermetismo:

- ¡Vamos mamá! ¿qué miras?
- Nada hijo, nada, miro esas flores amarillas en la hondonada.

Aquel día que no ha podido olvidar, cuando llegó a su casa, le brillaban los ojos, estaba como ausente, la mirada perdida, de vez en vez una tristeza le cubría el rostro. ¡Él volverá algún día... y sabría quien es Tinita...!

- ¿Te pasa algo Agustina?
- No mamá, ¿por qué?
- Porque la vemos distinta m'hija... -dijo el padre.
- No, estoy pensando que tengo que preparar un acto...
- ¡Ah!

Cuando ya fue imposible disimular su embarazo, que no escondió, su padre le preguntó con firmeza:

- ¿¡Quién!? -Ella hizo un gesto con la mano como diciendo: "no importa", cuando su madre suavemente le dijo:
- Tinita...
- No sé mamá, ese día hubo un viento muy fuerte, no lo vi bien... ya está.
- Pero...
- Mamá, -dijo y tratando de disimular su turbación se mostró entusiasmada- tenemos que comprar la ropa, sencilla, la que podamos, ¿sí?, bien bonita, nos arreglaremos, ¿sí?, ¿lo querrás verdad?

A la madre se le nubló la vista, se le estrujó el corazón, las manos se le disparaban nerviosas sobándose la falda.

- Sí Tinita, cómo no lo voy a querer, y la abrazó de tal manera que ella no olvidó nunca ese abrazo, no era como el de aquel, torpe, brusco, ofensivo, asqueante, que la lastimó.
- ¿Te hizo mujer Tinita?
- No mamá, a la fuerza me hizo de él, no me hizo mujer, porque sencillamente no es un hombre es... solo... una porquería que solamente quería mi sueldo...

Y se perdió en el recuerdo de ese momento... No dijo él una palabra tierna, una nada, él había realizado un acto más, nada más, ella... se quedó con gusto amargo, le dolía intensamente el silencio de él, luego que sucedió todo. ¿Le habría pasado eso realmente? Fue el silencio de ese hombre lo que jamás pudo olvidar. No hay mayor castigo ante una incompreensión, ante un interrogante importante, ante un acto tan vil... que recibir de la otra parte un silencio, agobiante, denso, insultante.

Al acostarse Ana le comentó al marido. A él, le cayeron unas lágrimas y con el puño cerrado golpeó en la mesa y sentenció: ¡Te juro que yo sabré quién fue!, ¡Y se las verá conmigo!

- Cuidado Ramón, cuidado, ya no estás para peleas contra alguien más joven que vos. Te va a hacer mal. Nos va a hacer mal a los tres, a los cuatro. Olvida Ramón...
- ¿Olvidar? ¿Eso me decís Ana? ¿De qué estás hecha?
- De mujer, nada más Ramón, de mujer.

Días más tarde, Ramón supo en la fonda del pueblo, quién era el tal Juan y que alcoholizado se ufana de cómo Tinita le pagó por su amor.

Llevaba cuatro meses de embarazo y en el mismo recodo donde todo había sucedido volvió a encontrarse de repente con Juan.

- Hola Tinita... qué linda estás... -cuando hizo el intento de acercarse, Tinita le puso una mano firme sobre el pecho deteniéndolo-. Sabés -siguió Juan- mamá está muy enferma y tengo que ir a verla, me vine a trabajar aquí al pueblo y recién recibo un telegrama del viejo y tengo que volverme: ¿ténés unos pesitos que me prestes?, te juro que a mi regreso te devuelvo todo... -Tinita, ágil, le dio una soberana patada ahí mismo, el hombre se dobló y detrás de un árbol...
- ¿¡Ah sí!? Así que vos sos el guapo que vive de las mujeres...
- ¡Papá!
- ¡Don...! -El hombre había quedado dolorido y sorprendido.
- ¡Sí, yo, por fin te encuentro...! ¡Yo te voy a dar pesitos! ¡Basura de mierda! -y Juan recibió una trompada en plena cara que lo tumbó hacia el fondo de la hondonada, sangre y dientes se perdieron en la nieve.

Pasó el tiempo y supo que Juan había quedado vivo pero nunca más volvió por el pueblo.

Pasaron los años, los abuelos felices y emocionados vieron cómo Panchito era el abanderado de la escuela. Tinita se dijo: “a éste no me lo van a arriar, tiene mi sangre y va a luchar por ser alguien en la vida. Y yo estaré siempre a su lado”.